

LUIS DE LEON: "DE LOS NOMBRES DE CRISTO" (1583)

HANS FLASCHE  
Hamburgo

El romanista Ernst Robert Curtius incluyó en sus "Estudios reunidos referentes a la filología románica" (1960) algunas páginas tituladas "Nomina Christi". Atribuye la reflexión sobre los nombres de Cristo al siglo cuarto, analizando, por ejemplo, las ideas de San Agustín. Asimismo acentúa la importancia del texto llamado "Decretum Gelasianum" redactado en aquella época. Este texto menciona, entre otros, tres autores españoles, a saber: Orosio, Sedulio y Juvenco. Más tarde San Isidoro de Sevilla dedicó su atención intensamente a los nombres de Cristo. Tenemos todavía el deber de investigar muy detalladamente toda la escala española de las consideraciones relativas a los nombres de Cristo. En el siglo XIV, Petrarca se sirvió de la doctrina en tela de juicio como sostén de su interpretación de la poesía que le parece a él una especie de teología.

El año 1983 es motivo de traer a la memoria una obra publicada en 1583. Se trata de la creación de Luis de León titulada "De los nombres de Cristo". La primera edición, que comprende dos volúmenes, fue publicada en 1583 por Juan Fernández. En ella echamos todavía de menos un nombre importante, a saber, "pastor". Lo mismo que muchos libros del siglo XVI, también el frontispicio de este documento contiene una imagen simbólica que representa un árbol podado y un hacha al pie con una leyenda en torno que dice: "Ab ipso ferro". Estas pocas palabras constituyen un pasaje sacado del cuarto canto de la colección "Carmina" de Horacio. La cita quiere poner en evidencia que en días desastrosos los romanos se embebieron de atrevimiento y fuerza como si fuesen hombres de hierro. Con mucha probabilidad el autor alude a sí mismo y a su

capacidad de resistencia en la prisión. La segunda edición de la obra "De los nombres de Cristo" se publicó en 1585 en tres volúmenes. El primer volumen contiene, por primera vez, el trozo titulado "Pastor", y el tercero, todos los explicados en las tres ediciones con excepción de "Cordero". El crítico del día de hoy debe servirse de la tercera edición, publicada en 1587 en Salamanca. La mandó a la imprenta el famoso tipógrafo Guillermo Foquel. Es la edición más importante porque revela enmiendas esenciales. Las ideas relativas al nombre de "Cordero" aparecieron por primera vez en la publicación realizada por Juan Fernández en 1595.

En la dedicatoria dirigida a Porticarrero, el autor dice que Dios escribió la Sagrada Escritura "con palabras llanísimas y en lengua que era vulgar a aquellos a quien las dio primero". Surge aquí un adjetivo que desempeña un papel considerable en el curso de las interpretaciones de la obra "De los nombres de Cristo". Luis de León pregunta siempre de nuevo si la expresión que cita, sacándola de la Biblia o de un autor eclesiástico, es "llana". Nos parece muy trascendente acentuar en este contexto que Luis de León no se atiene en sus escritos al precepto de la llaneza.

Empieza sus explicaciones afirmando que es útil hablar primero de la Sagrada Escritura porque constituye "la materia más dulce y más apacible de todas". En este conjunto debemos señalar que Cristo es caracterizado muchas veces como "océano"; la descripción de los nombres se considera como un desenvolvimiento del tesoro escondido en el océano en cuestión. Los nombres de Cristo son "cifras breves" en las cuales el Criador incluye todo lo que el entendimiento humano encierra respecto al Hijo de Dios.

Después de haber presentado esta noción ("cifra"), tan esencial en la literatura del Siglo de Oro, León introduce la referencia a un documento (llamado "papel"). Sabino lo desarrolla diciendo que Marcello "tiene apuntado algunos de los nombres con que Cristo es llamado en la Sagrada Escritura y los lugares de ella adonde es llamado así". En las quince partes siguientes de la obra en tres volúmenes Sabino, Juliano y Marcello forman un diálogo platónico.

Cristo dispone de muchas virtudes y de muchos oficios. Por lo tanto, leemos en el capítulo "De los nombres en general" que Cristo tiene muchos nombres: "Y así vienen a ser casi innumerables los nombres que la Escritura Divina da a Cristo...". El papel desplegado por Sabino escogió sólo diez nombres "como más sustanciales". Los demás pueden, en cierta manera, reducirse a éstos. La obra de Luis de León contiene disertaciones relativas a catorce nombres.

Para explicar la filosofía del nombre del "humanista cristiano" en todos sus detalles sería necesario redactar un tratado muy extenso. Es por esta razón que nuestro estudio llama la atención solamente sobre los princi-

pios más influyentes. El autor expresa la distinción más trascendental de la manera siguiente: "El nombre... es una palabra breve que se sustituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo". Por lo tanto el autor quiere decir que el nombre representa un objeto. Continúa Luis de León como a continuación se expresa: "El nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento". Desea decir que el nombre designa el ser que el entendimiento proporciona. Además cabe distinguir entre "nombre común", a saber, el nombre que sirve para muchas cosas, y "nombre propio", es decir, el nombre utilizado para un solo objeto. Luis de León considera como base de su filosofía lingüística la Biblia, porque el Génesis declara que Adán dio a cada objeto un nombre que se reveló "como nacido".

La esencia del nombre bíblico se ostenta bajo tres puntos de vista: figura-sonido-significación. Por consiguiente, el nombre tiene que encerrar en su significación algo que existe en el objeto como elemento esencial. Puede el nombre, pues, caracterizarse como una calificación de la esencia y es exactamente este principio el que se aprecia en "De los nombres de Cristo". En cuanto a la figura de un nombre, la cantidad y la disposición de las letras deben llamar la atención. Es por esta razón que Luis de León habla de la añadidura de un elemento nuevo. Cita un ejemplo: El nombre "Abram" se transforma en el nombre "Abraham". Respecto a la figura, letras añadidas pueden significar felicidad; letras quitadas, mala suerte. Mencionamos esto ahora porque en todas sus explicaciones Luis de León hace hincapié sobre la figura del nombre. El hombre tiene el deber de atribuir mucha importancia al nombre de Dios porque lo sustituye por su imagen.

El nombre del Todopoderoso no significa para el hombre que vive en el mundo terrenal otra cosa que el mismo Creador.

Para designar al Ser Supremo cada hombre se servirá de lo que ve y conoce tocante a la esencia divina. Además San Juan, que reflexiona sobre las designaciones, dice en el Apocalipsis refiriéndose al otro mundo: "Al que venciere, le daré del maná escondido y le daré una piedrecita blanca, y en ella escrito un nombre nuevo que nadie conoce sino el que lo recibe". Según Luis de León, se trata, por lo tanto, aquí de un nombre celestial diferente de los terrenales. En el alma del hombre definitivamente feliz el nombre celestial abarca la esencia del Rey del Cielo. En este mundo, el hombre puede conferir al Padre Eterno tan sólo un nombre propio, es decir, una designación que comprende una parte de la Divina Majestad; nunca tiene la capacidad de atribuirle un nombre entero, a saber, un nombre que encierre la totalidad de la esencia divina.

La riqueza de la esencia de Cristo se revela en la abundancia de sus nombres, y es el Espíritu Santo el que nos enseña esta abundancia. Los nombres que se refieren a Cristo son innumerables. Luis de León escoge, como hemos dicho, catorce nombres. Se remiten a Cristo en tanto que dispone de una constitución humana.

Comenzando sus explicaciones, Luis de León se dedica a la palabra "pimpollo". Este término español corresponde a "germen" u "oriens" en el Antiguo Testamento. La mención de la palabra "pimpollo", en primer lugar, se justifica en cuanto se trata de una alusión al nacimiento de Cristo. Puesto que Isaías dice: "En aquel día el pimpollo del Señor será en grande alteza", su comprobación (redactada en lengua caldaica) se refiere al mismo tiempo a la fundación de la Iglesia, porque los romanos destruyeron Jerusalén durante los años 66 y 70 después de Jesucristo. Vemos inmediatamente que el intérprete español recurre a un texto del Antiguo Testamento en dos sentidos para explicar un nombre del Nuevo Testamento. Esta práctica empleada en el primer capítulo de su obra con motivo de la interpretación de otros tres pasajes del Antiguo Testamento se verifica en todas las secciones de los tres volúmenes que estudiamos. El autor admite, por lo tanto, sin duda alguna, la hipótesis de que el lector está de acuerdo con su opinión y de que reconoce también la posibilidad de un paralelo trascendente para cada cristiano entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Luis de León comienza el capítulo siguiente con la frase: "También es llamado Cristo 'Fazes de Dios' ". Cita, como de costumbre, cierto número de ejemplos. Estos comprobantes demuestran que "faz" ("facies") es realmente una calificación de Cristo. "Faces" reproduce la traducción de un hebraísmo preferido por nuestro autor. Sirviéndose de su manera individual de interpretación, Luis de León aplica las palabras del Libro Números "Descubra Dios sus faces" a la primera aparición del Salvador en el mundo. La Vulgata, la traducción española más moderna de la Biblia latina, y también el texto de la Septuaginta, contienen la forma singular ("facies", "faz", *το πρόσωπον*). En el Antiguo Testamento, el autor español halla, frente a "descubrir", el verbo "volver", que se refiere (según el contexto imaginado por Luis de León) a la segunda venida de Cristo. Como en varios otros capítulos, resulta muy interesante la averiguación de que al término incluido en el texto español corresponden varias palabras latinas ("facies", "vultus"). La Biblia griega deja ver tan sólo una palabra "*το πρόσωπον*".

Poniendo en claro el razonamiento en esta parte del libro, debemos decir: cada hombre se examina a sí mismo en su cara. De igual modo se descubre en el rostro del Hombre-Dios, Cristo. Cristo se llama también

“faces de Dios” porque el Hacedor quiere ser reconocido por él. Ya en esta primera sección de la obra llama la atención un hecho muy interesante y estructuralmente característico. A pesar de la explicación extremadamente detallada de los nombres, los pasajes que manifiestan el carácter de un diálogo platónico son cortos. Las disquisiciones teóricas prevalecen siempre. Así es que, antes de empezar la segunda interpretación, el texto reza: “Y Sabino leyó...”; antes de empezar la tercera interpretación, el texto reza: “...Sabino prosiguió luego...”.

Cada hombre que profesa la fe de Cristo conoce el respeto que inspira el concepto de camino, y cada lector del Nuevo Testamento sabe que en el Evangelio de San Juan Cristo se especifica como “camino”. Por lo tanto, no ha de extrañar que Luis de León dedique su atención a tres textos del Antiguo Testamento que vienen al caso y al pasaje de San Juan tantas veces citado. El texto de San Juan tiene un alcance especial, porque, en oposición a muchos pasajes del Antiguo Testamento, Cristo se caracteriza a sí mismo como “camino”. Marcello, una de las personas que habla en nuestro diálogo, acentúa este fenómeno preguntando por la razón. El lector actual que, continúa interpretando lo que escribe Luis de León, no llega (y esto acontece muchas veces) a conocerla. El término “camino” tiene —así continúa nuestro teólogo— en la Biblia las significaciones siguientes: “la condición y el ingenio de cada uno, y su inclinación y manera de proceder, y lo que suelen llamar ‘estilo’ en romance, o lo que llaman ‘humor’ ahora”. El empleo de “camino” en uno de los salmos abarca una parte de las acepciones ahora mismo mencionadas. Leyendo “Manifestó [sc. Dios] a Moysés sus caminos”, cabe afirmar, según el intérprete del siglo xvi, que “camino” contiene aquí la primera significación que citamos, es decir, la “condición” de Dios en el Exodo, a saber, en el monte y en la peña. El lector pregunta naturalmente por qué se trata en este caso de Cristo. Por tal motivo Marcello discute la propiedad del vocablo diciendo que, si se emplea el término “camino”, el texto se fija, sin duda, en el camino que conduce al cielo, y la frase citada “Manifestó [sc. Dios] a Moysés sus caminos” señala la idea de que Cristo es el camino que conduce al cielo. Como camino de este género, posee diferentes cualidades, “... tiene llanezas abiertas... por donde caminan descansadamente los flacos; y tiene sendas más estrechas y altas, para los que son de más fuerza...”. Llama la atención el hecho de que, prescindiendo de “camino”, se incluya un término nuevo, a saber, “senda”. El autor de “De los nombres de Cristo” habla, empleando este instrumento lingüístico, del texto original refiriéndose probablemente al hebreo. La acepción de la palabra “senda”, según Luis de León, cuadra muy bien con Cristo porque dispone de alteza y desembarazo. Le importa mucho al humanista cristia-

no acentuar la diferencia entre las diversas designaciones lingüísticas. Prueba esto la afirmación —no correspondiente por cierto con la cita al comienzo del capítulo— que en el párrafo 35 Isaías se sirve siempre de la palabra “camino”. En cuanto al texto bíblico latino, Luis de León no tiene razón, porque en la Vulgata leemos “semita”, “via”, “via sancta”. En el texto griego, sin embargo, encontramos siempre “ὁδός”, y la versión hebrea se sirve también siempre de la misma palabra. Luis de León incluye en su interpretación otra observación, ahora sintáctica. Según su convicción, el original de la Biblia dice que Cristo es el camino y al mismo tiempo la persona que anda el camino. No se expresa esta bifurcación en la Vulgata.

Todavía otra vez nuestro autor acentúa la diferencia entre las palabras españolas citadas por él al comienzo del capítulo “Camino” y las que caracteriza como originales. Isaías asegura que los judíos volverán al Señor con el apoyo del Mesías. Respecto a esta misericordia mesiánica, la versión hebrea sustituye la palabra “Señor” por “Dios”. Para terminar nuestro análisis de la tercera parte del volumen primero, no es lícito pasar por alto que cada pasaje del Antiguo Testamento es remitido a Cristo.

Las aserciones que se encuentran en el primer volumen de la obra “De los nombres de Cristo” respecto a la tarea del Redentor como pastor, son poco exactas por cuanto se refieren al Antiguo Testamento. Por lo visto, Luis de León presupone un profundo conocimiento de los libros de la colección “Septuaginta”. Puede presumir también que cada lector conoce la máxima famosa del Evangelio de San Juan “Yo soy el buen pastor”. Analizando la inclusión de “pastor”, hay que distinguir, según el parecer del teólogo salmantino, entre “oficio” y “condiciones de su persona y su vida”. Pero leyendo las páginas que siguen, hacemos constar que el autor no repara con exactitud en la sucesión recién citada. De todas formas, es conveniente mencionar que las palabras “oficio” y “condición” pertenecen al vocabulario fundamental de Luis de León. La vida pastoril le parece ser “vivienda muy natural y muy antigua entre los hombres”. Es probable que este hecho y además el amplio saber en el dominio de las églogas virgilianas, le hayan dado una gran alegría al humanista cristiano con motivo de la explicación del término “pastor” aplicado a Cristo. Por cierto había todavía otra circunstancia que llevaba al entusiasmo relativo al tema en cuestión. Sabino dice que la condición del estado de pastor es inclinada al amor. Así es que en el “Cantar de los Cantares” el Espíritu Santo presenta a los dos enamorados como pastores. (Compárese el séptimo verso de la primera parte). Las palabras latinas “quem diligit anima mea” se traducen por el término “amado”. Cristo es caracterizado como “pastor” porque equivale al amor personificado y porque vive en el

campo como pastor. Su amor constituye una de sus condiciones. Diciendo esto, Luis de León repite, como se nota enseguida, uno de los principios mencionados al inicio de su interpretación. Otra condición de Cristo es integrada por el hecho de que su hermosura, expuesta tan espléndidamente por San Juan, excita el amor del hombre a su persona. Después de esta explicación, el maestro pasa al oficio de Cristo que consiste en la facultad de gobernar. Destacando nuevamente la unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, cita como ejemplo un texto de Isaías que reza: "Sobre los caminos serán apacentados...". También en este pasaje, que deja presentir las ovejas mencionadas en el Nuevo Testamento, el arte de caracterizar del gran escritor consiste en el análisis del "estilo". "Estilo" es uno de los vocablos más estimados del humanista cristiano. Para cada ser humano, Cristo reserva un tratamiento particular: "...tiene con cada uno su estilo...". Para poder insistir en este procedimiento individual, León se basa en una expresión de San Pedro que habla de la "gracia multiforme de Dios". Otra tarea del pastor consiste en "hacerse todas las cosas a todos, para ganarlos a todos", como dice San Pablo. Para determinar la esencia del Redentor como pastor, el religioso de la orden de San Agustín se sirve de la tripartición que se encuentra tantas veces en sus escritos. Conforme a esta tripartición, Dios promete a sus servidores que Cristo será su pastor, que habrá un solo pastor para los problemas en su totalidad (porque Cristo está habilitado para todo) y que el pastor "ha de estar levantado en medio de sus ovejas", es decir que ha de residir en lo secreto de sus entrañas, enseñoreándose de ellas, y que las ha de apacentar dentro de sí. En cuanto a la tripartición, Luis de León se apoya en un filósofo de la Antigüedad, es decir, en Epicteto, a saber, en su "Enchiridion". Uno de los trozos más fascinantes del capítulo titulado "Pastor" es dedicado a la explicación de la distinción entre Cristo y los demás pastores. Cristo es el buen pastor, a saber, la persona que, según su razón de ser, nació para ser pastor. (Es por esta razón que el texto griego de la Biblia reza: "ὁ ποιμήν ὁ καλός"). Cristo se forma el ganado que ha de guardar, mientras que los otros pastores guardan el ganado que hallan. Cristo murió por el bien de su grey. Cristo se hace pasto de su grey. Cristo muda sus ovejas en sí porque, cebándose ellas de él, se desnudan de sí mismas y se visten de las cualidades de Cristo. Acabamos de ver que el escritor agustino expone sus ideas relativas a las tareas del pastor muy circunstanciadamente y que sabe declarar muy bien la diferencia que hay entre una cosa y otra.

Al capítulo titulado "Pastor", especialmente detallado, siguen inmediatamente las reflexiones sobre Cristo como "Monte". En este caso también podemos verificar algunas inexactitudes que, según presume probable-

mente Luis de León, deben ser allanadas en virtud de un muy preciso conocimiento de los textos utilizados de parte del lector. Como de costumbre, el autor junta varios lugares bíblicos. Es necesario entrar en pormenores en cuanto al texto más trascendente. Es el segundo. Sabino pronuncia las palabras del profeta Isaías: "Y en los postreros días será establecido el monte de la casa del Señor sobre la cumbre de todos los montes". Después de haber oído este pasaje, Juliano pide a Marcello el favor de indicar la motivación de la frase citada que, leída en voz alta, parece ser pitagórica, a saber, correspondiente al pensamiento del filósofo griego, pero tan sólo transmitida por otra persona. Mencionando al filósofo griego, Luis de León da nuevamente prueba de su instrucción profunda referente a la Antigüedad Clásica. Se acuerda de la exclamación de los pensadores pitagóricos legada a la posteridad por Diógenes Laercio que acentúa la ausencia de toda documentación escrita: "El decía" ("Ἀντὸς ἔφα"). Como en tantos otros párrafos, nuestro autor español cita aquí el "papel", es decir, el documento analizado por las tres personas que dialogan, sin indicar todas las particularidades correspondientes. Sin embargo, podemos afirmar que Luis de León suministra explicaciones filológicas de documentos teológicos, muchas veces sin hacer caso, a decir verdad, de la sucesión lógica. Así es que no comienza en esta parte de su libro —como es de esperar— con la exégesis del texto citado en primer lugar, sino con la del segundo. Además, es digno de reparo lo que Marcello dice respecto a la cita en cuestión, realmente enigmática, puesta en segundo lugar: "...casi no hay palabra... que no señale a Cristo como con el dedo". Se nota inmediatamente que, sirviéndose de las palabras de la persona inventada por él, Marcello, Luis de León justifica su procedimiento. Consiste en la traslación del contenido del pasaje del Antiguo Testamento al Nuevo. La referencia a los últimos días en la cita sacada de Isaías abarca —así lo enseña Marcello— la época a partir del advenimiento de Cristo hasta el fin del mundo. En cuanto a la fecha primera, Luis de León cree poder referirse a las palabras de Jacob en el Génesis: "...a lo último de los días."; en cuanto a la fecha segunda, al Evangelio de San Mateo: "...y entonces vendrá el fin". En esta ocasión verificamos con toda evidencia la aptitud admirable de combinar el Antiguo con el Nuevo Testamento. Continuando su interpretación del profeta Isaías, el autor de la obra "De los nombres de Cristo", considerando la fórmula "será establecido", señala de nuevo la palabra original hebrea (o aramea), es decir, el texto primitivo. Debido a la yuxtaposición "el monte de la casa del Señor", no sabemos si es aconsejable admitir la aclaración del maestro salmantino en el sentido de "el monte, esto es, la casa del Señor". Teniendo en cuenta la precisión siempre necesaria en el campo de la comprensi-

bilidad, queremos tomar en consideración por lo menos el texto griego que reza así: “το ὄρος κυρίου και ὁ οἶκος του θεου”, a saber, “el monte del Señor y la casa de Dios”. En virtud de tales empeños de explicación, el autoelogio de Luis de León que destaca las “palabras descubiertas” en su análisis de la frase de Isaías, es de efecto extraño. Pero la comparación realizada por el autor español entre las “palabras llanas y sencillas de Cristo” y lo que llama “los rodeos”, demuestra que insiste en la claridad de sus expresiones. Define unas líneas por vagas y enigmáticas si los lectores “...no dan en la vena del verdadero sentido...”. Se infiere de esta afirmación que la claridad de la expresión y la penetración del sentido verdadero resultan idénticas. La insistencia en la necesidad de la discusión de cada palabra deja ver el papel que desempeña el lenguaje de un texto en el pensamiento de nuestro autor.

Tan sólo después de todas estas observaciones preliminares Luis de León pregunta muy explícitamente por la posibilidad del empleo del término “monte” en relación al Salvador. Hace dos preguntas: ¿Qué significa la identificación de Cristo con un monte? ¿Cuáles son los atributos otorgados a este monte por el Espíritu Santo? Tocante a la segunda pregunta, no queremos dedicar mucha atención a las cualidades del monte porque todo lo que contiene el párrafo correspondiente se comprende con facilidad. Contestando a la primera pregunta, cabe decir: en la lengua hebrea la palabra que designa un monte se refiere igualmente a la preñez, a saber, a un estado de riqueza. Debido a la riqueza de los tesoros que contiene, Cristo es un monte “por la preñez de bienes diferentes que atesora y comprende en sí mismo”.

Después de haber interpretado el pasaje citado en segundo lugar, Luis de León pone su atención en el profeta Daniel mencionado por él antes. Podemos prescindir aquí del sentido material de las palabras. En la página del libro que comentamos, encontramos una comparación entre maneras de expresarse en cuanto el lenguaje del Antiguo Testamento es caracterizado como misterioso, enigmático, y el del Nuevo Testamento, como transparente. Patentiza León su distinción reemplazando el texto citado y explicado de Daniel por un pasaje de la Epístola a los Efesios que tiene la misma tendencia, a saber, la de la ascensión. “El haber subido, ¿qué es sino por haber descendido primero hasta lo bajo de la tierra? El que descendió, ese mismo subió sobre todos los cielos, para henchir todas las cosas”. “El término incluido en la Epístola a los Efesios “subir” (“ascendere”, “ἀναβαίνειν”) alude a la humildad de Cristo y la exaltación retribuyente realizada por Dios.

El sexto nombre que la Sagrada Escritura concede a Cristo es “Padre del Siglo Futuro”. Vemos en seguida que se trata nuevamente de un

término del Viejo Testamento y preguntamos: ¿Cómo es posible juntar las palabras "...vocabitur... Pater futuri saeculi..." con el Nuevo Testamento y por lo tanto con la figura de Cristo? La motivación de la relación tantas veces recalcada entre Antiguo Testamento y Nuevo Testamento se explica de la manera siguiente: en el Evangelio de San Juan, Cristo dice a Nicodemo: "En verdad te digo que quien no naciere de nuevo no podrá entrar en el reino de Dios". Puesto que el mismo Jesús habla de la necesidad de un nacimiento nuevo, es lícito llamar a Cristo "Padre del Futuro". (Semejante interpretación puede aprobarse tan sólo en el caso de traducir el adverbio "denuo" ("ἀνωθεν") mediante la palabra "nuevamente". La traducción española más moderna incluye el adverbio "de arriba" [conforme a una de las acepciones del término griego]). El humanista cristiano motiva la necesidad de un segundo nacimiento exigido por Cristo indicando tres razones. El segundo nacimiento es imprescindible porque hay tinieblas en el entendimiento, porque hay olvido en la memoria y porque en la voluntad hay culpa y desorden respecto a las leyes de Dios. Es por estas razones que el Todopoderoso crió al hombre nuevo, es decir, a Cristo, para formarnos otra vez. San Pablo escribe en una Epístola a los Efesios que Dios recapitula todas las cosas en Cristo y a consecuencia de esta recapitulación todo nace nuevamente en él. Luis de León acentúa con mucha energía la palabra griega de la Biblia que significa "sumar" ("ἀνακεφαλαιώ"). La explicación del teólogo se justifica, pues, gracias a la identificación aquí realizada de porvenir y novedad. Ya que el maestro salmantino desea presentar en la medida de lo posible diversos métodos de aclaración, se apoya en este párrafo, para terminar, en una frase del Evangelio de San Juan. Refiriéndose a la venida del Espíritu Santo, Cristo dice a sus discípulos en el sermón de la cena: "En aquel día conoceréis... que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí". Cada lector comprende inmediatamente que Cristo habla del porvenir y se identifica con su Padre. La designación "Padre del Siglo Futuro" se exterioriza de manera particularmente clara en las palabras recién citadas. Después de todas estas disquisiciones teológicas, difícilmente comprensibles, el autor, muy lúcido de la obra que analizamos, incluye ahora en su párrafo algunas frases fácilmente comprensibles. Uno de los participantes de la conversación, Marcello, dice que el sol levantado sobre sus cabezas los ofende de manera que es imprescindible reposar un poco. Por lo tanto, Sabino, Marcello y Juliano continúan sus reflexiones tan sólo en los capítulos del segundo volumen.

Comienza por la averiguación "Otro nombre de Cristo es 'Brazo de Dios' ". Cristo es caracterizado en lenguaje metafórico como una parte del cuerpo de Dios. Se le atribuye una propiedad antropofísica. El lector

piensa al instante en la segunda epístola a los Corintios que especifica a Cristo como imagen de Dios (“εἰκὼν τοῦ θεοῦ”). El autor español alega para su teoría (Cristo como brazo de Dios), como de costumbre, textos del Antiguo Testamento, a saber, Isaías, los salmos y el “Cantar de los Cantares”. Puesto que se le atribuye a Dios un brazo, Marcello dice que el Creador nos habla en el lenguaje de sus escrituras como hombre a otros hombres. Aquí, como en muchas partes de su obra, la manera de expresarse de Luis de León reclama una explicación especial. Afirma por ejemplo que también los judíos conocían la designación “brazo” como nombre de Cristo, pero no indica el texto en cuestión. Ya hemos dicho varias veces que, respecto al lector de su época, Luis de León da por sabida mucha erudición de la cual el lector actual no dispone.

Tocante al método, el capítulo “Brazo de Dios” se encuadra también fácilmente en las partes de la obra “De los nombres de Cristo” ya analizadas. En primer lugar, se nos depara la pregunta por la cualidad del brazo. “Cualidad”, como “oficio” y “condición”, es —ya lo sabemos— uno de los conceptos centrales de los volúmenes que interpretamos. Marcello incluye el categorema “brazo de Dios” en la frase siguiente: “...las hazañas que hizo Dios por medio de Cristo... por cuya causa se llama su brazo...”. En el capítulo en cuestión vemos —no acontece esto muchas veces— una explicación histórica fascinante y auténtica de esta frase. Es lícito nombrar a Cristo “brazo de Dios” porque ya durante la época de los romanos venció al paganismo, porque obtuvo el triunfo de su doctrina durante el tiempo de los antepasados de Luis de León y durante el siglo XVI y porque además proporcionó al cristianismo una gran victoria en virtud de la fuerza de los españoles en regiones nuevamente descubiertas.

Figura entre los nombres de Cristo también la denominación “Rey de Dios”. Al comienzo de sus meditaciones, Luis de León, que no se olvida nunca de la filología, menciona un problema textual. La Biblia hebrea reproduce el pasaje en cuestión mediante las palabras siguientes: Yo [sc. Dios] constituya mi Rey [sc. Cristo] sobre el monte de Sión...”. El texto de la Vulgata reza: “Ego autem constitutus sum rex ab eo super Sion, montem sanctum ejus...”. Citamos todavía la traducción española: dice Luis de León: “Yo soy Rey [sc. Cristo] constituido por él [esto es, por Dios] sobre Sión, su monte santo”. (Esta frase se encuentra también —naturalmente en términos griegos— en la Septuaginta: “Ἐγὼ δὲ κατεστάθην βασιλεὺς ὑπ’ αὐτοῦ ἐπὶ Σίων ὕψος τό ἅγιον αὐτοῦ”<sup>2,6</sup>). Luis de León no se decide en favor de una de las dos articulaciones. No tiene el deber de hacerlo porque cada versión marca la identificación de Cristo con el Rey de Dios, el Rey hecho por Dios. De aquí en adelante, el autor se sirve de nuevo de su método de división diciendo que quiere hablar primero de las cualida-

des que son convenientes para el fin de reinar; en segundo lugar, de las facultades de los súbditos; en tercer lugar, de la manera como el hijo de Dios los dirige. Por lo tanto, el texto a continuación pormenoriza la división bosquejada. Las palabras de San Mateo: "...soy manso y humilde de corazón..." expresan el carácter más destacado de Cristo. Hay que añadir que fue más ejercitado "que ningún otro hombre en la experiencia de los trabajos y dolores humanos". Dios sujetó a su hijo a esta experiencia porque precisamente por ella se engendra un rey verdadero. En cuanto al carácter de los súbditos mencionados, su nacimiento de Cristo y la formación según su semejanza son hechos enteramente decisivos. Para exteriorizar más claramente todavía el modo de ser de los servidores de Cristo, Luis de León señala el salmo 109, en el cual leemos según la cita del autor español: "Tu pueblo príncipes en el día de tu poderío". Interpreta el término "príncipes" por medio de la base hebraica que significa "liberales, dadivosos o generosos de corazón". Aquí también se alude a cualidades de los súbditos del rey del pueblo. No nos es lícito pasar por alto que el texto griego de la Biblia usa (en vez de un término que corresponda a "príncipes") "ἡ ἀρχή" ("μετὰ σοῦ ἡ ἀρχὴ ἐν ἑμέρα τῆς δυνάμεώς σου"), es decir, el concepto que equivale (más o menos) a "principio". La traducción más moderna de la Biblia al español, la de Colunga, reproduce la frase en cuestión por las palabras: "Tu pueblo (se ofrecerá) espontáneamente en el día de tu poder". Leemos en la Vulgata: "Tecum principium in die virtutis tuae". Tanto el texto latino como el texto griego arriba citado no permiten reconocer la relación con los súbditos del rey. Pero es evidente que el teólogo salmantino se atiene en esto también al texto hebraico. Luis de León considera como cualidad adicional de los subordinados del rey de Dios, de Cristo, el hecho de ser engendrados voluntariamente, mencionado por Santiago. Como en muchos otros pasajes, el teólogo español cita la expresión esencial en forma griega: "βουληθεὶς ἀπεκύησεν ἡμᾶς". Es interesante que, traduciendo "βουληθεὶς", incluya en su explicación el adverbio "voluntariamente". En cuanto a la tercera cualidad, de la cual hablamos arriba, es decir, la manera de gobernar, el autor acentúa la continuidad del gobierno de Cristo hasta el fin del mundo, diciendo también que el Redentor es el alma en el cuerpo de su iglesia amada. Acabamos de ver que, interpretando el nombre de Cristo "Rey de Dios", nombre a primera vista incomprensible, Luis de León demuestra una destreza casi inimaginable de combinación.

Para poder explicar suficientemente el nombre de Cristo "Príncipe de paz", nuestro autor se refiere en primer lugar a San Agustín. Según la doctrina de este padre de la iglesia, la paz es una orden sosegada o un sosiego ordenado. El humanista español, al cual le gustan tanto las dispo-

siciones exactas, separa tres maneras de paz: la paz con Dios —la paz del hombre consigo mismo— la paz con los otros hombres. En comparación con las otras, en esta parte de la obra hay relativamente pocas meditaciones a base de análisis textuales meticulosos. Por lo tanto, el filólogo que estima las perspectivas teológicas y filosóficas no tiene el deber de realizar una interpretación de las páginas correspondientes.

En el capítulo del segundo volumen que atribuye a Cristo el nombre “Esposo” (le corresponde con motivo de su naturaleza humana), Luis de León no comienza excepcionalmente con la inclusión de pasajes bíblicos. Siguiendo uno de sus principios, a saber, la disposición cuidadosa, pone en boca de Marcello tres componentes del término en cuestión. El concepto de “esposo” abarca: 1. La unidad entre Cristo y la Iglesia; 2. La alegría, el deleite que nace de esta unidad; 3. Las circunstancias del desposorio entre Cristo y la Iglesia. Sin tener en cuenta este contenido, el nombre de esposo se señala todavía por otras dos cualidades características. Llama la atención sobre una unión sumamente estrecha y designa “un lazo más dulce y causador de mayor deleite que todos los otros”. La estrechez mencionada es caracterizada por San Pablo en la primera epístola a los Corintios mediante las palabras siguientes: “El que se ayunta a Dios, hácese un mismo espíritu con Dios”. (En la traducción realizada por Colunga leemos: “Pero el que se allega al Señor se hace un espíritu con Él”). Llega a tanto Luis de León que transfiere la expresión “sacramento grandísimo”, relativa al matrimonio, a la unión entre el alma y Cristo. El mismo enlace superior a toda unidad corporal se muestra también en la frase de San Juan: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. El Apocalipsis caracteriza la segunda cualidad típica de la unión matrimonial y espiritual, es decir, “el deleite”, con las dos palabras “manná abscondido”. Luis de León muestra la originalidad de su pensamiento en el dominio ahora en cuestión finalmente en virtud de una idea muy individual y extremadamente efectiva. Traduce otra vez la concepción del matrimonio a la relación entre Cristo y la Iglesia afirmando que inmediatamente después de su nacimiento el Redentor se prometió con la Iglesia y que solamente al fin de todos los tiempos celebraría las bodas con ella. Luis de León opina incluso que el “Cantar de los Cantares” describe los escalones del amor que existe entre Cristo y la Iglesia. Debido a la exposición detallada que acabamos de presentar, cada lector reconoce que el autor español llama la atención muy especialmente sobre el análisis de la noción de “esposo”, usada respecto a la Encarnación del Verbo Divino.

Es posible que el gran teólogo haya querido intencionadamente interrumpir sus reflexiones acerca de los nombres de Cristo por sus consideraciones sobre la lengua. Lo hizo, por una parte, para evitar una monoto-

nía hasta el momento no eludida, y por otra, porque —como el lector nota fácilmente en los tres volúmenes de la obra “De los nombres de Cristo”— asigna gran valor a las formas lingüísticas.

En la dedicatoria del tercer volumen Luis de León menciona la recriminación contra la redacción de la obra en su lengua materna. Los asuntos tratados en español les parecían difícilmente comprensibles a algunas personas. Por lo tanto, afirmaron que sería más agradable disfrutar las explicaciones teológico-filosóficas en latín. Algunos lectores protestaron contra lo que León caracteriza como “novedad en mi estilo”. Otro grupo de interesados hacía objeción a un libro en forma de diálogos platónicos. Además había contemporáneos que hubieran preferido una división según capítulos mucho más precisa. Finalmente, cierto número de individuos pidió una manera de expresarse más corriente. Sin embargo, Luis de León tenía entendido que la lengua española era particularmente adecuada respecto a ideas complicadas.

Prescindiendo del idioma definitivamente escogido, el autor distingue entre la forma de expresión, por una parte, y la lengua, por otra. En cuanto a la forma, el escritor del siglo *xvi*, siguiendo siempre su triáde habitual, hace distinción entre: 1. Lo humilde, que debe decirse con llaneza; 2. Lo grande, que debe decirse con estilo más elevado; 3. Lo grave, que debe decirse con las palabras y las figuras que convienen. En todas las lenguas hay lugar para todo, según la opinión de Luis de León. Para justificar sus principios, recurre aquí también a la Antigüedad Clásica diciendo: “...Platón no escribió vulgarmente ni cosas vulgares en su lengua vulgar...”. Es imprescindible que, para comprender lo que se escribió en la lengua materna, el lector disponga de cierto rango de inteligencia y de cierta penetración del objeto en cuestión: “...en nuestra lengua —dice Luis de León— aunque poco cultivada por nuestra culpa, hay todavía cosas, bien o mal escritas, que pertenecen al conocimiento de diversas artes, que los que no tienen noticia dellas, aunque las lean en romance, no las entienden”. Tocante a sus adversarios, el autor español opina que se trata de los “que dicen que no hablo en romance, porque no hablo desatadamente y sin orden, y porque pongo a las palabras concierto, y las escojo y les doy su lugar...”. Respecto a la censura relativa a la novedad, leemos: “...yo confieso que es nuevo y camino no usado por los que escriben en esta lengua poner en ella número, levantándola del descaimiento ordinario”. En cuanto a su práctica dialogística, Luis de León dice en la dedicatoria del tercer volumen: “...quise escribir en diálogo, siguiendo en ello el ejemplo de los escritores antiguos...”.

Antes de escoger otra calificación de Cristo, Luis de León incluye una observación sobre un nombre analizado mucho más tarde, a saber, “Je-

sús". Leemos: "...aun el sonido sólo deleita...". A San Pablo le gustó el nombre de Jesús muy particularmente. Luis de León escribe pensando todavía algunos momentos en el mismo objeto: "...San Pablo... hermo-seándolos [sc. los escritos] con él como se hermo-sea el oro con los esmaltes y con las perlas".

Después de esta digresión, nuestro autor se dedica al tema que desea dilucidar ahora, es decir, a la designación "Hijo de Dios". Como en casi todos los párrafos anteriores, comprobamos en este caso también que el título actualmente en cuestión posee una idoneidad especial. Encontramos la frase: "...así se llama Cristo por particular propiedad". Es por esta razón que la Sagrada Escritura se sirve de la yuxtaposición citada en muchísimos pasajes. El humanista cristiano tiene naturalmente el deber de apoyar su teoría en unas indicaciones bíblicas. El salmo 71 del texto original (es decir, hebraico) de la Sagrada Escritura presenta el término hijo "por manera encubierta y elegante". Cada lector pregunta inmediatamente por la causa del uso del adjetivo "encubierto". La palabra "hijo" ("hijo de Dios") puede efectivamente caracterizarse como misterioso porque se esconde en el salmo bajo la frase: "Y su nombre será eternamente bendito, y delante del sol durará siempre su nombre". El sentido encerrado en esta cita, que traduce exactamente la expresión latina ("Sit nomen ejus benedictum in saecula; ante solem permanet nomen ejus") y la griega ("ἔστω τὸ ὄνομα αὐτοῦ εὐλογημένον εἰς τοὺς αἰῶνας, πρὸ τοῦ ἡλίου διαμενεῖ τὸ ὄνομα αὐτοῦ"), señala que Cristo nació antes del nacimiento del sol, porque en la lengua hebraica el salmo correspondiente reza: "Y antes que el sol le vendrá por nacimiento el tener nombre de hijo". Luis de León continúa explicando: "En que David, no solamente declara que es hijo Cristo sino dice que su nombre es ser hijo". Después de su elucidación, el teólogo salmantino ofrece algunos ejemplos que llaman a Cristo explícitamente "hijo". En la frase tan famosa de la epístola a los Hebreos leemos: "Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy". Es curioso que nuestro autor no incluya la forma española que corresponde a la palabra griega "γεννηκά" o a la latina "genui", sino "engendré". Cristo es llamado "hijo" porque nace de la substancia de Dios. Respecto a su naturaleza humana, nace de la Virgen. La resurrección después de la muerte constituye un nacimiento nuevo. Según la convicción de Luis de León, Cristo nace en cierto modo también en la hostia gracias a la consagración realizada por el sacerdote. Finalmente puede verificarse siempre el nacimiento de Cristo si santifica y renueva al hombre. Después de haber aludido a las cinco maneras de nacer (que acabamos de incluir en nuestra exposición), Luis de León se dedica a una interpretación detallada. En cuanto al nacimiento de Cristo de la substancia de Dios, destaca el salmo

109, en el cual se lee: "Del vientre, antes que naciese el lucero, yo te engendré". Como en la epístola a los hebreos, en este caso también, "engendré" no corresponde ni a la forma latina de la Vulgata ("genui") ni a la griega de los LXX, la Septuaginta ("ἐξέγεννησά"). Incluso en disquisiciones teológicas sumamente difíciles, Luis de León da rienda suelta a su facultad poética, que se recrea constantemente con imágenes.

Así es que en el conjunto aquí en cuestión califica a Cristo de "imagen" y "retrato". Sin duda alguna pudo encontrar un modelo excelente para su lenguaje figurado en los escritos de San Pablo. El análisis de una expresión de la epístola a los Colosenses (análisis que en nuestro estudio podemos reproducir tan sólo en su primera parte) prueba el entusiasmo con que Luis de León se ocupa en las declaraciones del apóstol y cómo las considera respecto a su valor estilístico. En atención al testimonio: "Es [sc. Cristo] imagen de Dios invisible, primogénito de todas las criaturas..." ("imago Dei invisibilis, primogenitus omnis creaturae"), el teólogo salmantino escribe: "Y porque consideréis el ingenio del apóstol San Pablo, y el acuerdo con que pone las palabras que pone, y cómo las ordena y las traba entre sí, dice que esta imagen es imagen de Dios invisible, para dar a entender que Dios, que no se ve, por esta imagen se muestra...". En la cantidad de los pasajes bíblicos que contienen la designación "Hijo de Dios" se encuentran, como en los párrafos que presentan otros nombres, calificaciones fácilmente comprensibles y calificaciones difícilmente analizables. Luis de León encuadra una frase del Libro de los Proverbios en sus observaciones referentes a la designación "hijo de Dios". Se trata de la frase siguiente: "El Señor me adquirió en principio de sus caminos...". Estas palabras, a primera vista arduamente inteligibles, se aclaran debido a una indicación relativa al significado del verbo que, en la lengua hebrea, equivale a "adquirir". Puesto que la palabra hebrea encierra el concepto de riqueza, Luis de León argumenta que la sabiduría hablante, a saber, el Dios sabio, abarca desde el principio la riqueza de su hijo en sí. Luis de León expresa esta alusión al principio también por las palabras griegas "ἀρχὴν ὁδῶν αὐτοῦ". Después de esta aclaración respecto a la designación "Hijo de Dios", el autor, tan versado, se dedica al segundo punto de su división, que comprende cinco partes. Se refiere a las palabras conocidas de San Juan, y en nuestro contexto obviamente descifrables: "El Verbo se hizo carne...". En cuanto a la tercera explicación referente al uso del nombre "Hijo de Dios", Luis de León no nos suministra un análisis apoyado en textos bíblicos. Recurre sin embargo a su procedimiento de análisis multiforme cuando se trata de la hostia. Pone en evidencia su convicción por medio de la frase siguiente, que contiene la fórmula muchas veces utilizada "en realidad de verdad": "...consagrado

en la Hostia, está la verdad de su cuerpo, en realidad de verdad...". Opone Luis de León a una afirmación tan llana la interpretación del salmo 72, tal vez elegida como contraste por ser más compleja: "Y habrá firmeza en la tierra, en las cumbres de los collados". Equipara "firmeza" a una palabra hebrea que significa tanto "trigo escogido" como también "hijo". Así es que establece una relación entre el término "firmeza" ("firmamentum", "στήριγμα") y el texto que está al servicio de su cuarta interpretación. Por último, llegando a la quinta parte de su enumeración, funda la santificación del alma humana por Cristo sobre las palabras paulinas en la epístola a los Gálatas: "Hijuelos míos, que os torno a parir hasta que se forme Cristo en vosotros". También el ruego del Padre Nuestro en el Evangelio de San Lucas: "...danos cada día el pan cotidiano" debe servir a la realización de la consagración en cuestión. La inclusión del texto de San Lucas realizado por Luis de León en este lugar, sirve a la interpretación del término griego "ἐπιούσιον", modelo de la palabra española "cotidiano". Esta interpretación es efectuada de tres maneras diferentes que no podemos exponer aquí. El maestro salmantino termina el párrafo dedicado al nombre "Hijo de Dios" recordando el hecho de que la lengua hebrea dispone de cinco palabras para el concepto de "hijo", palabras de sonido diferente y de origen heterogéneo. Teólogo y filósofo de una capacidad intelectual enorme, pero al mismo tiempo persona dotada de una sensibilidad admirable para las bellas artes, añade un episodio panorámico y simbólico que durante cierto tiempo da otro rumbo a la conversación llena de ideas sumamente serias y graves.

Marcello continúa diciendo que en el Cantar de los Cantares la desposada llama a Cristo siempre "Amado". Corresponde a esta palabra española, la latina "dilectus". También el sentido de la palabra griega ("ὁὗτος ἐγενήθημεν τῷ ἀγαπητῷ") se incluye inmediatamente al comienzo de las verificaciones de este párrafo del libro de Luis de León. La mención repetida de autores griegos comprueba que el humanista cristiano se consagraba con verdadero afán a la lectura de los clásicos. En el análisis de la noción de "Amado" actualmente en cuestión, encontramos, por ejemplo, el nombre de Orígenes. Con motivo de cierto pasaje del capítulo en cuestión (pasaje que se refiere al profeta Ageo) el lector se da cuenta de una pequeña diferencia en la terminología. Luis de León no llama a Cristo "dilectus", sino "desideratus" ("Desideratus", "τὰ ἐκλεκτὰ"). Da gran amplitud a la idea de que Cristo es el "Amado", porque dice que el hijo de Dios ha sido amado por todas las cosas desde el nacimiento de ellas. Hay que comparar —dice nuestro teólogo— con este parecer la ética del filósofo pagano Aristóteles, que deplora el hecho de que cada hombre encuentre tan pocos amigos. La frase "Jesucristo es su hijo de amor, a

saber, el hijo del amor de Dios" le parece a Luis de León típicamente paulina. La expresión de la Vulgata correspondiente "regnum Filii dilectionis suae" ("τὴν βασιλείαν τοῦ υἱοῦ τῆς ἀγάπης αὐτοῦ") es caracterizada por las palabras "según la propiedad de su lengua" (a saber, de San Pablo).

Tan solamente ahora el autor responde al deseo exteriorizado antes por un participante de la conversación de tomar en consideración la palabra "Jesús". Sabino dice que se trata del nombre verdadero de Cristo, atribuido por el ángel. Añade que este nombre dice todo lo necesario, siendo "como una figura suya". Sigue después una dilucidación. Ya que Cristo dispone de dos naturalezas, tiene también dos "nombres propios". El primero se ajusta a la naturaleza divina calificado en lengua española con "Verbo" o "Palabra". El segundo se acomoda a la naturaleza humana y es pronunciado por los españoles "Jesús". Cada nombre constituye un retrato completo del Redentor. Además, cada uno tiene una forma original y una figurada o metafórica. La forma original les fue dada a los profetas por Dios. La concretaron en lengua siria o hebrea. Así es que al término "palabra" corresponde la forma original "dabar"; la forma original de "Jesús" reza "Jehosuah". Las formas traducidas a otras lenguas se llaman "transposiciones". Según Luis de León, Jesús significa "salvación" o "salud". Afirmando esto, nuestro teólogo se refiere a las palabras dirigidas en el Evangelio de San Lucas por el ángel a María. Hacemos constar que no se encuentra en el Evangelio un término equivalente a "salvación" o "salud"; por lo menos no lo encontramos en el pasaje en cuestión.

Apoyándose en San Bernardo, Luis de León conjetura que todos los nombres de Cristo hasta ahora citados son necesarios para que pueda ser llamado enteramente "Jesús".

Bastante tarde, es decir, leyendo el artículo añadido a la cuarta edición, el lector llega a saber por qué Cristo se llama también "Cordero". Cada día oímos durante la misa la expresión exclamatoria de San Juan: "He aquí el Cordero de Dios". Para justificar el nombre de cordero, el teólogo salmantino indica tres motivos: 1. la mansedumbre de condición, 2. la pureza e inocencia de vida, 3. la satisfacción de sacrificio y ofrenda. Cada lector, oyendo la palabra "cordero", piensa inmediatamente en la cualidad "mansedumbre". En el Evangelio de San Mateo también leemos respecto a Cristo: "...soy manso y humilde de corazón...". La segunda manera de ser que lleva a la concesión del nombre de "cordero" es —acabamos de decirlo— la "inocencia". En cuanto a esta calificación, el conocedor del Nuevo Testamento se refiere a la primera epístola de San Pedro en la que comprueba que los hombres son "redemidos... con la

sangre sin mancha del Cordero inocente". Se nota enseñada que Luis de León no se atiene al texto latino, sino al español. El texto latino reza: "...Redempti estis... pretioso sanguine quasi agni immaculati Christi, et incontaminati...". El adjetivo español "inocente" corresponde a los adjetivos griegos "ἄμωμος" y "ἄσπιλος". Luis de León, que escoge por lo tanto tal vez más bien significados griegos (o hebraicos), corrobora la legitimación de la "inocencia" todavía con la referencia a una palabra de Santiago.

El Evangelio de San Juan, que dice "quita los pecados del mundo", acredita que el cordero se hizo sacrificio.

Las palabras bíblicas citadas despiertan nuevamente el interés del autor en la lengua de la Sagrada Escritura; interpreta la pequeña frase de San Juan en cuestión ampliándola y acentuando esta ampliación. Dice, refiriéndose al evangelista: "...no solamente dice que los quita, sino que, según la fuerza de la propia palabra, así los quita de nosotros, que los carga sobre sí mismo".

La frase pronunciada por Marcello con que termina el capítulo ahora en cuestión, es de importancia considerable respecto a la comprensión de la estructura primordialmente proyectada de nuestro libro. "Pasemos, si nos parece, al nombre de "Amado", que, pues tan agradable le fue a Dios el sacrificio de nuestro santo Cordero, sin duda fue Amado y lo es por extraordinaria manera".

La obra de Luis de León llena de verdades y también de imágenes formadas por la fantasía, constituye una tentativa sumamente admirable de llegar, en la medida de lo posible, al conocimiento de Dios que, según San Agustín, no se presentó nunca al hombre en toda su esencia. En el capítulo "De los nombres en general" (es decir al comienzo de las explicaciones de catorce nombres) descubrimos el sentido más profundo de la empresa del maestro todavía hoy en día admirado por todo individuo intelectualmente fascinado. Dice Luis de León: "[Dios] ...está ...muy lejos de nuestra vista y del conocimiento claro que nuestro entendimiento apetece. Por lo cual... fue necesario, que... ya que no se nos manifiesta ni se junta con nuestra alma su cara, tuviésemos, en lugar della, en la boca algún nombre y palabra...".